

I Sección: Los albores del siglo XX: la I Guerra Mundial, política, iglesia y Revolución

**Los traumas de la Primera Guerra Mundial,
reflexión a propósito del centenario del inicio del conflicto**

Javier Agüero García

jav_aguero@hotmail.com

Recibido: 3 de noviembre de 2014

Aceptado: 20 de noviembre de 2014

Resumen

El presente artículo trata de mostrar los efectos derivados de la Gran Guerra iniciada en 1914. Se abordan en primer lugar, los temas de la guerra moderna en el siglo XX; luego en un segundo momento, se señalan las consecuencias económicas entorno al descalabro del sistema del comercio mundial; para pasar de inmediato en un tercer lugar, al reconocimiento de los efectos sociales tanto en los soldados como de la población civil; acto seguido, en un cuarto momento, se tratan las secuelas políticas alrededor de la configuración de los bloques de estados combatientes y sus resultados. Juntas todas esas consecuencias se constituyeron en los traumas de un conflicto armado que inició hace exactamente cien años.

Palabras clave

Historia Europa, siglo XX, Primera Guerra Mundial, consecuencias, guerras

The traumas of World War II,
reflection purpose of the centenary of the beginning of the conflict



Abstract

This article attempts to show the effects of the Great War (WWI), whose beginning took place a century ago. First, it addresses topics of modern warfare in the twentieth century; then, it identifies the economic consequences around the collapse of the global trading system. Right after, the social effects on both soldiers and civilians are analyzed and, as fourth point, the political consequences around the setting blocks who were in fight and their results are discussed. All these consequences portrayed trauma of an armed conflict, which started exactly one hundred years ago.

Keywords

History Europe, Twentieth century, WWI, Great War, Consequences, Wars

“Esa noche, ya de madrugada, miró por la ventanilla mientras el tren atravesaba Francia en dirección al este, echando vapor. Al cruzar una ciudad, le sorprendió ver a una muchedumbre en los andenes de la estación y en la carretera que había junto a las vías, mirando al tren. Estaba oscuro, pero se los distinguía claramente bajo la luz de las farolas. Se dio cuenta de que eran miles de personas: hombres, mujeres y niños. No aclamaban a nadie, estaban más bien en silencio. Gus vio que los hombres y los niños se quitaban los sombreros, y ese gesto de respeto lo conmovió tanto que casi lo hizo llorar. Había esperado hasta altas horas de la noche para ver pasar el tren en que viajaba la esperanza del mundo” (Follett, 2013: 912).

Lo narrado en el fragmento anterior forma parte de la novela *La caída de los gigantes* y dibuja uno de los cuadros más desoladores en los momentos en que finalizaba el año 1918; la descripción es clara y evidencia que la tristeza invadía a la población, a la gente común que esperaba durante horas el tren: el vehículo del porvenir. Era como si las palabras hubieran tomado vida. La vivencia de la guerra atemorizó a la sociedad sin distinción alguna. La guerra inició en junio de 1914 como un conflicto regional –al principio austro-serbio y luego austro-ruso– y tornaría el carácter europeo a partir de agosto del mismo año. Cuando estalló la guerra los franceses y los alemanes movilizaron cerca



de ocho millones de soldados entre los dos. La guerra había llegado a Occidente procedente de Oriente, procedía de un área convulsa codiciada por diferentes poderes (Vinen, 2000: 68).

El conflicto llamado por sus contemporáneos como la Gran Guerra dejó a paso de millones de víctimas y si bien es cierto que no fue la primera en *stricto sensu*, si fue impactante por su cobertura, tal y como lo señala Michael Howard (2008):

“Puesto que la Gran Guerra de 1914-1918 se libró en todos los océanos del mundo e implicó contendientes de todos los continentes, está totalmente justificada la denominación de “guerra mundial”. Sin embargo no fue la primera. Las potencias europeas llevaban 300 años peleando entre sí a lo largo y ancho del planeta...” (9)

Los resultados atroces de esta contienda sin parangón en la historia de la humanidad son objeto de estudio del presente ensayo reflexivo. La inquietud que da origen a este documento es: ¿cuál fue el trauma que dejó la Primera Guerra Mundial a la sociedad europea?

La forma de abordar el tema consiste en desagregar la pregunta central relativa a la Gran Guerra en tres objetivos: a) determinar las motivaciones que impulsaron el estallido de la conflagración bélica; b) reconocer las características del enfrentamiento armado; e c) identificar los sinsabores y las contradicciones que se convirtieron en profundas cicatrices traumáticas en la sociedad.

Las motivaciones

El contexto no pudo ser más revelador: una economía fraguada en la edad de la expansión imperial (1870-1914), en la que la hegemonía europea era más que manifiesta. Sus móviles consistían en implementar la división internacional del trabajo a lo largo y ancho del mundo conocido; las colonias surtían de materias primas a los talleres de las metrópolis industriales (v.g.



Gran Bretaña y Alemania). Gran Bretaña constituía el más grande de los astilleros y controlaba formal e informalmente una cuarta parte de la superficie del globo. De Egipto zarpaban los vapores repletos de algodón de fibra larga rumbo a Manchester; luego el ciclo se completaba con el desembarque de los casimires en El Cairo, tejidos que vestía el ejército del país norafricano, manufacturados en el emporio industrial dueño de una gran proporción del mundo.

Por otro lado, no sería correcto considerar que la producción de la industria se dirigía única y exclusivamente a los territorios de la periferia africana o americana; pues el imperio euroasiático ruso, donde la revolución industrial y el capitalismo llegaron con un retraso considerable, era uno de los clientes de los productos manufacturados en Alemania; país que había experimentado una exitosa revolución industrial a partir del último tercio del siglo XIX bajo la égida prusiana. Así aunque poder británico era el primero en el mundo; el germánico era el que le seguía: era el primero en Europa (Saz, 2005: 222).

La realidad de las relaciones internacionales y de la vida económica, se encuadraba en una *politik* que se había encargado de articular el mundo entorno al capitalismo industrial. La historia se había vuelto mundial porque en el decir de José L. Comellas (2000):

“La mundialización de la historia, que se inicia a partir aproximadamente de 1870, no se debe tan solo al surgimiento de grandes potencias extra europeas, sino a una trascendencia de Europa al resto del mundo de la cual al mundo de la cual el mundo ya no puede prescindir...” (31)

En esta articulación cobró sentido la construcción de ferrocarriles que llegaron a acortar los tiempos en el transporte y además cumplieron el objetivo de poblar; en 1869 se completó el estadounidense que unió el Atlántico con el Pacífico y en 1905 se inauguraron dos: el Transcaucásico y el Transiberiano;



El último hizo posible la conexión entre Moscú por el oeste y Vladivostok por el este.

En una dimensión quizá más amplia que incorpora elementos de carácter social, Christopher A. Bayly (2010) remite a las causas de la de la transformación operada durante la última parte del siglo XIX, ... *“En realidad, la clave es la concatenación de los cambios producidos por la interacción de cambios políticos, económicos e ideológicos distintos niveles. Esto explica la gran divergencia entre Europa y el resto del mundo al principio del siglo XIX y la gran aceleración del conflicto y del cambio social a finales”*. (561)

Frente a esta situación de dominio creciente por parte de las potencias, las reacciones por parte de la gente de a pie no se hizo esperar; en los salones de las escuelas de Francia se creaba un sentimiento antigermánico; los franceses resentían de los alemanes el arrebato de Alsacia y Lorena en la guerra Franco Prusiana entre 1870 y 1871.

Al respecto quienes impartían clases en los centros de enseñanza francesa –durante esta época de expansión de la instrucción– “recordaban todos los días a sus pupilos que habían perdido *dos hijas* [Alsacia y Lorena] y *que no puede haber jamás perdón para los raptores. Los escolares lo saben, puesto que desde la más tierna edad han visto en su primer libro de historia lanzarse al águila prusiana sobre el gallo galo y arrancarle sus mejores plumas, mientras el pueblo de París, hambriento por el bloqueo, el bombardeo y a guerra, esperaba su racionamiento en las calles heladas y, en su miseria, se veía reducida a comer ratas...*” (Ferro, 1970: 33)

Sin que distara mucho de la situación anterior, los habitantes del imperio Ruso veían con desconfianza al alemán ante el brutal dominio germánico de las importaciones en el imperio zarista. Esto pese a que Rusia era exportadora de cereales y trataba de imponer barreras arancelarias para reducir el consumo de bienes importados y así acumular oro en sus arcas. Al respecto un publicista ruso de la época aseveraba:



“Los juguetes, las muñecas, los libros de estampas que leen nuestros niños vienen de Alemania, e incluso el papel en que se imprime la prensa más patriótica volved a vuestra casa y en cualquier rincón veréis objetos Made in Germany, desde el piano del salón hasta la olla de la cocina. Bajad al jardín y en la bomba con que se riegan las flores veréis escrito Made in Germany como las impresas que se quedan tirados en el cesto de los papeles, tiradlos al fuego y veréis que el atizador ha sido soldado en Alemania... Al volverlo a colocar, de un puntapié hacéis caer un bibelot y, reunir los pedazos, veréis escrito Made in Germany... “
(Ferro, 1970: 54)

De esta manera el interés por una guerra que era necesaria, fue el móvil más importante desde el plano subjetivo; esa fue su motivación capital: un conflicto debía estallar porque era impostergable. En el fondo era el mismo aliciente que inspiraba a los rusos en contra de los alemanes, debido al apoderamiento del mercado: los germánicos eran los grandes inversionistas en la época de los zares. Este nacionalismo era también la fuerza inyectada en las poblaciones multinacionales otomanas y austríacas que clamaban por su emancipación.

En la península Balcánica la situación era más que compleja porque en el caso de los serbios sintieron en 1878 un balde de agua fría cuando los rusos y los austriacos se dividieron la península; pues consideraban que esta acción por parte de los poderes imperiales iba en menoscabo de su integridad. Los nacionalistas paneslavos buscaban la emancipación a lo interno de los Balcanes. Este espacio geográfico estaba habitado por serbios, griegos, rumanos, montenegrinos, eslovenos, croatas, albaneses y macedonios. Los primeros deseaban conformar el estado de la Gran Serbia como un polo de atracción del nacionalismo. Fue ese el escenario del asesinato del rey serbio proaustriaco Alejandro Obrenovitch en 1903; se le consideraba un traidor (Duroselle, 1991: 52). Para los austríacos Serbia era considerada como el





“Piamonte de los Balcanes”, en alusión a su alta conflictividad (Villares y Bahamonde, 191: 2012).

Dicho de otro modo, los Balcanes bajo el impuso serbio se perfilaba como una unidad política en construcción deseosa de gozar de autonomía con respecto a los intereses foráneos, que para los albores del siglo XX protagonizaban un proceso responsable de generar una serie de crisis conocidas como las Guerras Balcánicas (1912 y 1913). En la primera de estas guerras expulsaron al poder turco de la región; y en la segunda, los aliados se repartieron el botín de guerra. Esto luego de que en 1908 Austria se anexionara a Bosnia-Herzegovina, con todas las formalidades del caso. Desde 1878 los Habsburgo administraban ese territorio.

De esta manera, la “cuestión de oriente” ha sido la definición mayormente utilizada en lo que respecta a la delicada condición de los Balcanes y a su situación compleja en la que los rusos y los austro-húngaros competían por su control efectivo frente al enfermo de Europa: el decrepito imperio Otomano, que venía sufriendo la degeneración de más de un siglo. En una perspectiva más amplia en la misma región, bajo el control otomano se encuentran los estrechos de Bósforo y de Dardanelos; por allí transitaba cerca de una tercera parte de las exportaciones rusas y un 90% del total de los cereales producidos (Stone, 2008: 17). Por otro lado, hábilmente los alemanes habían realizado grandes inversiones en el Imperio Otomano entre ellas se destaca la construcción de un ferrocarril.

Así las cosas, los Balcanes se convirtieron en la manzana de la discordia que, en un entorno de paz armada. Mientras tanto había suficientes razones para pensar en el origen de un conflicto de mayor envergadura, tal y como lo hacen ver al menos cuatro crisis que precedieron a la del verano de 1914: a) por la intención alemana en África para detener la expansión francesa en Marruecos entre 1905 y 1906; b) como consecuencia de la anexión de Bosnia Herzegovina por la monarquía dual en 1911; c) por una nueva crisis marroquí



en 1912-1913; y por último, d) con ocasión de la las guerras de los Balcanes antedichas entre 1912 y 1913 (Renouvin, 1990: 5).

El ansia de una guerra de revancha con bríos nacionalistas alentaba a los franceses, frente al Reich proclamado en Versalles en enero de 1871, y además servía de sustrato a los rusos contra los alemanes, y por supuesto servía para envalentonar los ánimos nacionalistas de los eslavos en el caso específico de los serbios en contra de los otomanos y de los austro-húngaros.

Para la unificación del sentimiento nacionalista sirvieron tanto las escuelas como las bandas militares. Como se observó anteriormente, el sistema educativo había inculcado a los dicentes los elementos emblemáticos protonacionales en contraposición de aquellos que procedían de otras realidades. En tanto la música interpretada en lugares públicos como las plazas de las ciudades, permitió también la extensión de los elementos compartidos en la construcción nacional (Hobsbawm, 1991: 53)

Como lo reconoce Norman Stone el origen de la guerra en gran medida se debió al nacionalismo patriótico y al desmoronamiento de un mundo en crisis; de manera tal que el asesinato del archiduque austro-húngaro por parte de Gavrilo Princip un joven de 17 años entrenado por el grupo terrorista *Mano Negra*; fue el detonante del conflicto; “fue todo menos un accidente” (Stone, 2008: 24). Este percance ocurrió en Sarajevo, capital de Bosnia en un área geográfica catalogada como el “polvorín de Europa” (Vinen, 2000: 68).

La guerra fue patriótica porque quienes llamaban a su declaración y a la movilización de las tropas, lo hacían en función de los valores nacionalistas de los diferentes estados y porque además se apelaba a la sociedad civil en aras propiciar la participación activa en el conflicto. Quedaron atrás los tiempos cuando las contiendas en el pasado eran exclusivamente un asunto de estados soberanos y nada más. La Gran Guerra se convirtió en un espacio idóneo para dirimir la cuestión nacional frente al otro (Howard, 2008: 47).



No solo lo acaecido a nivel externo –el de los estados contra otros estados– inspiró las motivaciones y los impulsos de las gentes; pues la era del imperio se cimentaba en la expansión de los poderes por los mares y en llevar el capitalismo a los confines del mundo. Ambos aspectos fueron los responsables directos del estallido del desarrollo de una guerra que se extendió por cuatro años. En el plano interno también había contradicciones lejanas de ser resueltas. Las colonias de los diferentes continentes enteros ya habían sido repartidas en y asignadas las metrópolis. En tanto que el seno de la sociedad se incubaban situaciones muy particulares que eran motivo de preocupación de sectores sociales enteros: las clases medias y los jóvenes no contaban con la posibilidad de ascenso social en muchos de sus países. Y porque todavía persistía parte del orden social anquilosado en el que se reservaba un lugar privilegiado a la aristocracia tradicional. Los jóvenes habían bebido con mayor proximidad el catecismo nacionalista y cuando estalló la guerra marcharon hacia el frente con el ánimo de participar activamente en una guerra portadora de libertad. Empuñaron las armas con ímpetu bajo la promesa de dejar atrás cambiar el *statu quo* caracterizado por la existencia del lastre de la sociedad tradicional de viejo cuño (Stone, 2008; Ferro, 1970).

Quienes apostaron por una guerra liberadora como un “regalo de Marte” (Stone, 1985: 372) tenían fe en echar por tierra las ataduras de una sociedad juzgada por muchos como fosilizada; era como un tapón que impedía la movilidad social y por último quienes lucharon en favor de una guerra, le confirieron el rango de justa por las razones anteriores. Sin embargo no es suficiente explicar las causas de la guerra exclusivamente por la carga subjetiva motivante de ejércitos entusiasmados que marcharon hacia el frente; también debe tomarse en cuenta los intereses de los estados expuestos anteriormente y que se muestran a continuación en el cuadro 1.



Cuadro 1

Intereses de los poderes en 1914

País	Interés
Alemania	El Káiser-Reich deseaba posesionarse como la potencia más importante de todo el mundo. Temía el cercamiento geográfico por parte de la Entente. Tenía interés en la cuestión de oriente de ahí la construcción del ferrocarril de Berlín a Bagdad, las inversiones ferroviarias en Turquía y su apoyo a Austria-Hungría.
Austria-Hungría	Tenía interés en el acceso al Mediterráneo Oriental a través del control balcánico; sin embargo su ejército no era suficiente; de ahí que buscara el apoyo alemán.
Bulgaria	Resentida con Serbia por la pérdida sufrida en la segunda guerra balcánica.
China	Pasaba por un período de inestabilidad política. Con un gran potencial de recursos: hierro, carbón y tungsteno. Declaró la guerra contra Alemania pero en el armisticio fue Japón quien recibió las retribuciones.
Francia	Con resabios contra Alemania por la humillación sufrida en 1870 por la pérdida de Alsacia y Lorena. En el Próximo Oriente tenía interés en Siria
Gran Bretaña	Deseaba seguir manteniendo su hegemonía marítima. Interesada en detener el impulso económico y marítimo de Alemania. Acariciaba tener influencia en Persia.
Grecia	Arrebató Creta a los turcos. Desconfiada frente a Bulgaria por la toma de Macedonia.
Japón	Industrializado a partir de 1868. Interesado en extender su control en el Pacífico: derrotó a China y a Rusia en 1894-1895 y 1904-1905, respectivamente. Veía con recelo la creciente presencia alemana en China.
Italia	Deseaba controlar el Adriático; liberar las tierras irredentas de habla italiana, donde vivían unas 800.000 personas que estaban en manos de la monarquía dual.
Rumanía	Deseaba el control de las poblaciones de habla rumana que habitan Transilvania en el imperio Austro-Húngaro y Besarabia en el imperio Ruso.
Rusia	Interesada en tener acceso a los estrechos. Como eslava, se proclamó defensora de los serbios deseosos de crear un estado fuera del control otomano y austríaco. Quería reivindicarse con el control en el sudeste europeo de su derrota frente al poder nipón.
Turco Otomano	El imperio más longevo, actuaba en favor de no seguir



	perdiendo territorios: fue derrotado en los Balcanes entre 1912 y 1913 y también perdió Libia en favor de Italia en 1913.
--	---

Fuente: Elaboración propia basada en: Burbank y Cooper (2012); Duroselle (1991); (Revourin (1990); Stevenson (2003) y Thomson (1979).

¿Una guerra moderna?

Gran Guerra enfrentó a dos grupos de poderes alineados en alianzas y alteró definitivamente el endeble equilibrio europeo trazado en el Congreso de Viena en 1815. Por un lado la Triple Entente integraba por tres países separados geográficamente: Gran Bretaña, Francia y el Imperio Ruso, con un total de 238 millones de habitantes; y por otro lado, los imperios centrales que aglutinaban a los imperios alemán, austro- húngaro y otomano, sumado eran 120 millones de habitantes (Renouvin, 1990: 9). La lucha se dio alrededor de intereses que de algún modo confluían en la disputa de los Balcanes. Con el estallido de un conflicto regional se desarrolló un enfrentamiento que se distinguió por el empleo de armas y de tecnología nunca antes vista. Pero su prolongación empantanó la guerra como proceso; se cayó en una guerra de posiciones entre 1915 y 1916 causó más muertes que la misma lucha de movimientos. Al principio fue una lucha de avance, luego, una pesadilla porque las zanjas cavadas, se convirtieron en oscuras y fétidas antesalas de la muerte. Para 1916 la guerra estaba en franco desgaste y aunque la Entente se viera duramente amenazada por sus pérdidas, el poder alemán no había logrado imponerse con una victoria contundente mientras que Rusia y Gran Bretaña poseían una ventaja potencial: suficientes reservas de hombres.

El conflicto estalló con la participación de las potencias del continente, a partir del asesinato del archiduque Francisco Fernando de Habsburgo. Quedó atrás la época de la lid de cuerpo a cuerpo; elemento característico de la guerra desde la antigüedad; en su lugar el empleo de la pólvora y la precisión en la manufactura del armamento dieron como resultado el rifle. Su uso se había convertido en un aliado fundamental y marcó una gran diferencia con el modelo



de lucha de guerras anteriores; pues por tener largo alcance, aumentó la distancia entre los combatientes. Por otro lado en el transporte, los carros blindados dedicados al combate y los tanques eran dotados del motor de combustión interna. Estos dos últimos inventos fueron factores de novedad en esta guerra, hicieron su debut en Amiens y dieron una nueva dinámica a la guerra de movimientos. Fueron ejemplos de aplicación de una tecnología inventada durante la época del imperio para darle motricidad a cuerpos contruidos de acero. (Howard, 1998: 228).

Aunado a ello también fue novedosa la utilización de tecnología que hizo posible la guerra en el mar y en el aire. Los submarinos, primicia alemana, provistos con motores de diesel, fueron utilizados en las costa de Irlanda en mayo de 1915, por primera vez y de ahí marcaron la diferencia en el combate – sobre todo a partir de los últimos meses de 1916– pues casi todas las potencias contaron con ellos a lo largo de la Gran Guerra. La guerra submarina alemana practicada en función de conducir a los británicos a la capitulación no tuvo el resultado deseado; torpedearon buques como el *Lusitania*, el *Sussex* y el *Vigilentia*. El resultado fue inverso: el deterioro en las relaciones internacionales con respecto a Alemania porque los países neutrales con el consiguiente empezaron a desafiar el poder del káiser.

En el aire la guerra era dominada por los dirigibles y luego protagonizada por los aviones, se sentaba así el precedente de una nueva época de los enfrentamientos armados; pese al carácter incipiente de los avances en esta última tecnología, su nivel de utilización fue más que significativo en las labores iniciales reconocimiento. Luego con la instalación de ametralladoras en las aeronaves, se dio paso a una nueva arma aérea susceptible de perfeccionamiento hasta llegar construir los primeros bombarderos como los *Zeppelin* y los *Gotha*.

El avance de la guerra encabezado por el imperio alemán hacia el este y hacia el oeste fue inminente; sobre todo a partir de la puesta en ejecución del



plan Schlieffen que pretendía el rápido ataque germánico por el oeste antes de que los rusos se desplegaran por el este. Según sus estrategias, la guerra tenía que ser corta –de cinco a seis meses a lo sumo– porque la experiencia alemana entre 1866 y 1870, junto con la derrota misma de Rusia en manos de Japón en 1904 y 1905 así lo confirmaban. Ambas tuvieron una victoria pronta.

Sin embargo este cometido quedó frustrado desde la agresión sufrida en Bélgica el 4 de agosto, se debe entender la violación de su neutralidad en función del interés germánico en llegar al territorio francés. Esto porque los franceses habían construido fortificaciones a lo largo de la frontera luego de finalizada la Guerra Franco Prusiana en 1871. Aspecto que hacía más difícil el eventual ataque alemán directo contra Francia.

Además Italia se declaró neutral cuando estalló el conflicto –pese a que desde 1882 era aliada a los imperios Alemán y Austro-Húngaro –y el 23 de mayo de 1915 declaró la guerra contra los imperios centrales; esto en razón del ofrecimiento de los aliados de retribuirle con territorios costeros turcos y austriacos en los Alpes y Dalmacia y además no dudaron en proponerle la posibilidad de obtener valiosas colonias. Su participación decisiva fue en Caporetto en 1917 donde se libró una batalla en la que los italianos perdieron, pero al menos distrajo a los austríacos de su ataque sistemático en Transilvania.

En realidad antes de Caporetto, la guerra de desgaste había iniciado a partir de 1916, fue un arma de doble filo que cobró gran cantidad de vidas humanas en todos los bandos; la angustia se apoderó de las tropas y la impaciencia también se empezó a sentir por doquier. En ese año afloraron las ofertas de paz que en medio de la lasitud de las tropas. Entre ellas se destacaron: la elaborada por los imperios centrales en favor de la firma de un armisticio respetando el control efectivo que tenían esos poderes sobre los países ocupados; obviamente fue rechazada. Otra fue la planteada por el presidente Woodrow Wilson mucho anterior a la formulación de “Los catorce



puntos” propuestos en enero de 1918. La pretensión wilsoniana era clara: una sentencia a los poderes centrales de evacuar las áreas tomadas por ellos; exigía que se borrara el mapa de la guerra junto con la renuncia del interés imperial germánico (Revourin, 1990: 57). Finalmente el papa Benedicto XV también presentó su propio plan en contra de la “matanza inútil”, pero solo los británicos le dieron importancia; el interés pontificio basado sobre todo en que los alemanes y austríacos devolvieran las tierras a los franceses y a los italianos, cayó en el vacío.

Los enfrentamientos sucedieron unos tras otros y en todos se evidenció el carácter continental de la guerra. Para 1914 los ejércitos alemanes invadieron Bélgica y Francia; los rusos llegaron a Alemania; los austro-húngaros, serbios y rusos y los franceses se encontraron con los alemanes en Alsacia y Lorena. Sin embargo, al terminar el año todavía no hubo una victoria decisiva que anunciara su fin.

Las batallas más importantes de este conflicto que estremecieron a Europa entera fueron: Ypres (desde 1914 a 1918); Tannenberg (agosto de 1914); Vittorio-Veneto (agosto de 1914); El Marne (setiembre 1914 y julio de 1918); Gallipoli (febrero de 1915); Isonzo (mayo de 1915); Verdún (febrero a diciembre de 1916); Somme (diciembre de 1915); Jutlandia (mayo de 1916); Caporetto (octubre-noviembre de 1917); Piave (junio de 1918) y Amiens (agosto de 1918).

No obstante aunque en las batallas antedichas se utilizó tecnología moderna, tampoco se libró del uso de las rudimentarias granadas de mano que por ejemplo en Ypres en Bélgica; todavía años después de concluida la guerra, explotaban algunas de ellas con el riesgo de causar varios daños sobre la población civil. Ypres fue el prototipo de las trincheras, a lo largo, de sus cuatro batallas, perecieron más de un millón de víctimas, fue una verdadera carnicería humana. En términos materiales el fuego sobre suelo belga arrasó con la universidad medieval de Lovaina.



Las batallas también tuvieron un trasfondo económico que incidió en el control del abastecimiento de artículos de primera necesidad. Este efecto era semejante al ocasionado por el bloqueo directo o indirecto del comercio. A continuación se ofrecen algunos casos representativos basados en M. Howard (2008: 57 y 75) en que se aprecia la relación de las batallas con la economía:

- En Gallípoli en 1915 la expedición anglo francesa se propuso provocar una distorsión en el comercio turco, la finalidad era la toma de Constantinopla. La batalla no pudo ser ganada por los aliados.
- En Verdún en la Lorena francesa un encuentro ofensivo en el oeste, los alemanes todavía acariciaban la noción de triunfar en la guerra pese al bloqueo marítimo. Fue la batalla más larga de la guerra al prolongarse por diez meses.
- El control de los recursos también ocupó un lugar importante en la dinámica bélica. Con la rúbrica del tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918 los bolcheviques –nuevos gobernantes de Rusia luego de la revolución de octubre de 1917– cedieron amplios territorios ubicados al este de Europa productores de hierro, carbón e industria pesada.
- En la batalla de Gallípoli, en la península turca, los británicos defendieron la refinería petrolera en Abadán; se acercaban los días en que este ejército europeo arribara a Persia para custodiar los pozos del oro negro de la región.
- Rumanía, último país de la región en mantenerse neutral. Declaró la guerra en contra de los imperios centrales en 1916 y fue derrotada, esto ante la amenaza del control del petróleo y del saqueo de la producción de cereales. Fue recompensada con la incorporación de la sección húngara del imperio de la monarquía dual.

El alcance mundial de la gran guerra fue otro factor que contribuyó en su prolongación en el tiempo. Al respecto se pueden señalar los aspectos siguientes, tal y como lo han tratado Burbank y Cooper (2012), Howard (2008) y Lowry (1996):



- a- La ocupación de las colonias africanas de Alemania (v.g. Camerún Togo y Tanzania) por parte de franceses y británicos. Solo bastó la declaratoria de guerra hecha por el káiser el primero de agosto de 1914.
- b- De igual forma en Asia y en Oceanía las posesiones alemanas pasaron a otros dueños: Qindao (Tsing-Tao), el puerto chino de mayor importancia que cumplía la misma función de Hong Kong, fue tomado por los nipones luego de que este último poder le declarara la guerra a Alemania. También Nueva Guinea fue tomada por la fuerza un 11 de setiembre de 1914 por Gran Bretaña en la localidad de Bitapaka. Samoa, Papúa y las islas Bismarck fueron tomadas por australianos y neozelandeses.
- c- Las posesiones alemanas en el Pacífico central (islas Marshall, las Marianas y las Carolinas) también fueron capturadas por los japoneses.
- d- La India dio soporte a los ingleses de manera decidida. Sin embargo esto no fue obstáculo para que se empezara a vislumbrar el conflicto con las poblaciones musulmanas; pues algunos no vieron con buenos ojos que se combatiera en contra del imperio Otomano que al fin y al cabo creía en el mismo dios de ellos. Además el efecto de la guerra para la India se puede observar también en la pretensión de lograr la independencia, pues los británicos habían prometido la colonia asiática *“la progresiva racionalización de un gobierno responsable”*
- e- También otros espacios se convirtieron en extensiones del conflicto: Egipto fue una plaza de armas de los ingleses, de ahí partieron, pasando por el desierto a fin de conquistar Palestina, para encontrarse con los turcos en Gaza; además arrasaron Siria. Esto ocurrió entre 1916 y 1918. Cuando terminó la guerra Palestina, Transjordania e Irak se convirtieron en mandatos británicos.



- f- China junto con Japón declaró la guerra a Alemana en 1919. Sin embargo en Versalles, una vez concluida la guerra, no se le reconoció ninguna retribución su participación. Ante esto el imperio Celeste declinó la firma del tratado.
- g- Además no se debe pasar por alto la importancia del aporte de las poblaciones de las colonias enviadas por las metrópolis a fin de reforzar los ejércitos europeos. Solo Francia, por ejemplo, envió un contingente de medio millón de individuos procedentes de sus posesiones africanas.
- h- Estados Unidos rompió las relaciones diplomáticas con Alemania en enero de 1917 en momentos de una asfixiante crisis de los europeos; en todas partes había escasez de materias primas, alimentos y energía. Juntas se conjugaron en presiones incontenibles. El hundimiento por parte de un submarino alemán del trasatlántico británico *Lusitania* en mayo de 1915 fue el incidente necesario para que el presidente W. Wilson formulara su principio acerca de la libertad de los mares.
- i- México en 1917 había recibido un atractivo ofrecimiento por parte de Alemania: la reconquista de los territorios anexionados por Estados Unidos en 1845. El mensaje emitido por el alto mando germánico fue descifrado por los británicos y enviado a W. Wilson. Este acto envalentonó al país anglosajón y se constituyó en un aliciente para declarar la guerra en contra del poder germánico.

Entre los rasgos tradicionales y modernos de la Gran Guerra no se pueden soslayar el peso de los elementos naturales y del uso del pasado histórico. A continuación se ofrece una nota breve de cada uno de ellos:

- Las condiciones adversas del clima les jugó una dura pasada a los soldados en la batalla de Somme en donde fue herido el cabo Adolfo Hitler, a las puertas de las fiestas de Navidad. Con participación de los ejércitos alemán, francés y británico, el resultado de esta batalla fue un



avance modesto, casi ridículo de los alemanes. En tanto que las pérdidas de vidas humanas ascendían a 450.000 por parte del bando “vencedor”. Somme fue algo así como la tumba de barro para el ejército alemán: los aguaceros fueron torrenciales, el lodo junto con las fétidas trincheras y las condiciones endeble de los soldados empezaron a flaquear (Astorri y Salvadori, 2000: 96).

- El significado del pasado también fue un factor presente en los encuentros bélicos. En Tannenberg, a inicios de la guerra europea, los alemanes ganaron frente a los rusos. En ese mismo lugar cinco siglos antes los polacos y lituanos –pueblos eslavos al igual que los rusos– se hacían con la victoria frente a los teutones; para 1914 era la hora de la revancha.

En fin, la Primera Guerra Mundial fue un enfrentamiento en que los soldados emplearon gases tóxicos como el gas de cloro, rifles, dirigibles, aviones y submarinos, el desenlace se inclinó a favor de los aliados. Fue el primer conflicto armado moderno industrial del siglo XX. La tecnología aplicada en el mar, la tierra y el aire así lo evidencia. En tanto, este enfrentamiento también se valió de las técnicas de más larga data. Pues los explosivos convencionales también fueron utilizados en el enfrentamiento armado. La realidad fue que la combinación de las técnicas antiguas junto con las nuevas desembocó en el enfrentamiento nunca antes visto hasta la fecha. Los últimos capítulos de la guerra se remontan a la segunda batalla del Marne (15 al 26 de julio al 6 de agosto de 1918); la ofensiva estadounidense se hizo presente en el campo con un millón de soldados. Fue el principio del fin que se ratificó luego con la quiebra del ejército de Guillermo II en la batalla de Amiens en agosto de 1918.

El trauma de la guerra

Según el historiador Eric Hobsbawm para los años de su infancia, nadie se refería siquiera a la guerra mundial que había asolado a Europa. En la



Viena de la tercera década del siglo XX, él y sus amigos de la niñez sospechaban que algo macabro había sucedido pero nadie de sus mayores se atrevía ni siquiera a insinuar el acontecimiento que cambió la faz del mundo (Hobsbawm, 2003: 21-22). ¿Por qué? La guerra en sí misma se caracterizó al principio por un sentimiento de algarabía manifestado por quienes marcharon al frente; era su oportunidad de lograr la ansiada emancipación de los múltiples yugos que los oprimían. Conforme pasaron los meses, la experiencia se volvió en amargura, muy diferente al sentimiento inicial que impulsó a empuñar las armas; pronto las bajas en el ejército se empezaron a contabilizar y las gentes vieron diezmadas sus familias.

La experiencia de la guerra estaba muy lejana de ser grata, el triunfo ansiado no llegó en el corto plazo y en su lugar el dolor fue el sentimiento compartido por la población europea. Ni siquiera en los países “vencedores” los aliados que pelearon en contra de los poderes centrales hubo un sentimiento de celebración. La memoria guardó los hechos más cruentos del conflicto; y de esta forma, el recuerdo se convirtió en el albergue psicológico del trauma resultante de un proceso que se dilató por cuatro largos años. Los europeos aprendieron por sus propias vivencias que se podían autodestruir. Las formas que asumió este colapso se abordan a continuación.

Trauma económico: La economía boyante heredera de la industrialización decimonónica había creado nuevos emporios manufactureros alrededor del mundo: Alemania, Japón y Estados Unidos. Los bienes industriales se colocaban en las colonias que habían sido repartidas durante el último tercio del siglo XIX en Berlín, capital del Reich fundado en 1871 bajo la égida de Guillermo I de la casa de los Hohenzollern. Dentro de la lógica de la dominación que fusionó la industria y el imperio, se fraguó una nueva etapa en la historia el capitalismo a partir de 1870, en momentos en que los indicadores del crecimiento económico lo constituían: a- la cantidad de acero y de carbón producidas y b- el tamaño de la flota mercante. Ambos fueron el símbolo del



peso del comercio de la manufactura a gran escala y del control de los mares, condiciones *sine qua non* en el tráfico comercial.

Con el estallido y posterior desarrollo de la Gran Guerra, el funcionamiento del modelo económico prevaleciente se vio trastocado debido a los aspectos enunciados a continuación:

- a- El bloqueo marítimo hizo añicos un sistema que algunos consideraban resistente a toda prueba; tal es así que las consecuencias de esa distorsión se manifestaron en el desabastecimiento en las ciudades de productos de primera necesidad fundamentales para el consumidor promedio. Gran Bretaña y Alemania dependían de las importaciones que provenían de otros espacios geográficos. Poco le sirvió a la primera haber sido la dueña de los mares. En tanto los alemanes estimularon la producción de bienes sustitutivos de las materias primas naturales: pasta de madera, fertilizantes y explosivos. (Howard, 2008: 87)

En este contexto la economía se volvió en una máquina de guerra conforme el conflicto se prolongó, en razón de la demanda creciente de armamentos, municiones, pertrechos y todo tipo de suministros. Se producía para atender las necesidades de quienes estaban en combate. Un incipiente industrial como André Cotoën fabricaba proyectiles con una innovadora tecnología; décadas después se dedicó a la construcción automovilística (Jackson, 2003: 18). Fue la primera vez en la historia de occidente que la agricultura y la industria tenían la ardua tarea de mantener la guerra. La extensión de la guerra involucró a las mismas colonias, pues tenían que aportar alimentos para que sus metrópolis se batieran en el campo de batalla. La economía de guerra erosionó el erario público de los diferentes estados y redujo las condiciones de vida de la gente común; en realidad la relativa confortabilidad disfrutada en 1914, se acabó para siempre y una vez firmado el armisticio expiró la época de la hegemonía europea que había iniciado trescientos años atrás.



b- Por último, no dejó de ser menos traumática la condición de Gran Bretaña, porque aunque ganó la guerra, su condición de potencia de primer orden decayó. Junto con el resto de Europa, había perdido los mercados porque la industria cesó su producción ante la necesidad de volcarse hacia la guerra y por la destrucción misma ocasionada por el conflicto. Estados Unidos irrumpió en el escenario europeo y por ende en la política mundial. La era de los imperios llegaba a su final y el poder financiero ya no se asentaba en Londres; a partir de 1914 pasaría a establecerse en Nueva York, esto como corolario de la dinámica propia del modelo económico capitalista en que el país norteamericano se convirtió de importador a exportador de capitales. Para 1918 se había convertido en el mayor acreedor mundial, los países europeos le debían unos 2.000 millones de libras (Braudel, 1993: 93; Thomson, 1990: 100). De esta manera:

“La conclusión de la guerra dejó a los poderes victoriosos, excepto a Estados Unidos, exhaustos su espíritu, privada la virilidad de su juventud y con su hacienda pública vacía...” (Lowry, 1996: 50)

Para el período que siguió a la guerra en el caso específico británico, E. Hobsbawm asevera: *“la economía victoriana de Gran Bretaña se arruinó entre las dos guerras mundiales, el sol, que como se sabe cualquier escolar no se ponía ni en el territorio ni en el comercio británicos, se ocultó tras el horizonte”* (2001:183).

Quizá lo más grave fue la ausencia de un esfuerzo capaz de materializarse en el trazado de un nuevo modelo económico una vez acabada la guerra. De nada sirvió la invaluable obra escrita por el economista John Maynard Keynes plasmada el texto *Las consecuencias económicas de la paz* (1919), en que cuestionaba con una cáustica ironía, el espíritu de revancha por parte de los vencedores y al mismo tiempo abogaba por la inversión del estado en obras públicas. Sin embargo las autoridades responsables de establecer el



armisticio hicieron caso omiso de lo sucedido durante la conflagración bélica. Dieron por sentado que la rueda del tiempo seguiría girando en la misma dirección que lo venía haciendo desde el siglo XIX; entonces decidieron continuar con la implementación de las medidas de los tiempos pretéritos. Con esta decisión errada se provocó un sinnúmero de problemas propios de una crisis posbélica que hicieron crisis a fines de la década de los años veinte y treinta (Wiskemann, 1978: 7). Probablemente la más dañina de todas las disposiciones fue la descrita por el mismo Keynes como la de “empobrecer al vecino” con la materialización de medidas como la confiscación de las colonias, el carbón, los barcos mercantes, la flota pesquera, los ferrocarriles; pues esto a la larga podía generar la venganza de Europa central (Zamagni, 2011:151-152). Los efectos de estas políticas fueron más allá del centro europeo: dieron como resultado las prácticas autárquicas a la usanza italiana y el establecimiento de circuitos comerciales orquestados por la Alemania nazi, como sucedió con los lazos de dependencia húngara con respecto al Tercer Reich (Jackson, 1998: 123).

En la misma línea, no menos importante fue el hecho que los tratados que pusieron fin a la guerra se pudieran entender como una “victoria mutilada” para el caso italiano por cuanto su reconocimiento, luego de haberse sumado a las fuerzas aliadas, fue inferior al de la naciente Yugoslavia en lo que atañe el reparto del botín austro-húngaro (Stevenson, 2003: 34). De igual forma para la misma Francia la paz dejó mucho de desear, al grado que Georges Clemenceau titulara un libro como *Grandeza y miseria de una victoria* para referirse a las carencias de esos arreglos con respecto a la falta de determinación con respecto a imponer un infranqueable cordón sanitario por el oeste alemán para contener su poderío en caso de una eventual expansión.

Trauma social: Entre las batallas transcurría cada día de los cuatro años de guerra; el avance durante los primeros meses se caracterizó por una serie de movimientos dirigidos hacia el control de territorios. Jóvenes y adultos fueron llamados al frente que los reclamaba con urgencia. Se debía cumplir con el



deber y con una obligación demandada por la nación. Empero la realidad en el campo de batalla era diametralmente distinta a la que promocionaban los medios de comunicación de entonces: la radio y el cine, además desde luego de las noticias falsas que en más de una ocasión sirvieron para encumbrar los ánimos los vencidos. La dinámica del conflicto se trabó conforme se empezaron a cavar las zanjas para dedicarlas a la construcción de trincheras. En Ypres los soldados veían con nostalgia e impotencia el hecho de no pasar el fin de año al lado de sus seres queridos; se frustró el deseo de “Navidad en casa” (Saz, 2005: 225). Entonces los combatientes idearon una tregua no oficial con el enemigo: los alemanes e ingleses empezaron a jugar a la pelota, se intercambiaron las gorras e insignias (Astorri y Salvadori, 2000: 53).

Sin embargo no fue solo en la Nochebuena cuando germinó el sentir más humano de los soldados; dado que al pasar los meses, las putrefactas trincheras inundadas de inmundicias, llegaron a convertirse en sitios insalubres. Se perfiló así una atmósfera en la que sus habitantes permanentes empezaron a rondar la muerte mientras unos escribían a sus familias: *“las plagas nos devoran, y está infestado de piojos, pulgas, ratas y ratones. Pero lo peor es que es muy húmedo y muchos de los hombres se enferman”*, en tanto que otros: elaboraban grafittis que evocaban nombres de mujeres, mensajes satíricos y símbolos religiosos (Handingham, 2014: 48-49). Ante esta situación los actos de desobediencia con respecto a la autoridad fueron más frecuentes y no faltó quienes se rebelaran frente a una orden del superior o peor aún, no fueron pocos los desertores. En algunos casos solo disparaban si de por medio estuviera su propia vida; quedaba de lado por tanto la lealtad nacional. Es decir el solo hecho de habitar en las fétidas trincheras se convirtió en un asunto de sobrevivencia (Kolko, 2005: 128). Probablemente, una forma de sintetizar el paisaje humano macabro y grotesco de la vida de los “homos europaeus”, quienes vivieron la guerra y que tuvieron que retornar al estado salvaje, es la siguiente:



“El miedo no tiene nacionalidad. Todos lo comparten: miedo a sufrir, a la herida ruin (que mutila) o a ser sorprendido en el sueño; temor a los superiores brutales y criminales; miedo a morir...; temor y pena ante los cadáveres aún calientes de los camaradas; miedo a no estar a la altura, a flaquear en el momento decisivo de saltar el parapeto y hacer la salida... Pero también la angustia de tener que hundir la bayoneta en el cuerpo de un enemigo -ese otro que se te parece tanto-, y el asco que dan el olor de los cuerpos que se pudren y los excrementos de todos (sin olvidar tampoco esas nubes de gordas moscas y las bandadas de cuervos)” (Carbonell, Biloghi, Limouzin, Rousseau y Schultz, 2001: 219-220)

Sin embargo no debe pensarse que los sufrimientos ocasionados por la Gran Guerra ocurrieron única y exclusivamente en el campo de batalla, pues en una guerra total en las aldeas campesinas y en las ciudades se vivieron los efectos del conflicto. Los labradores de las fincas, productores de las cosechas que daban de comer a poblaciones grandes y pequeñas, sufrieron los embates del enfrentamiento armado: en no pocas ocasiones decidieron abstenerse de vender sus excedentes y optaron por destinar la raquílica producción para autoalimentarse. Con esta autarquía se dejó al descubierto la fragilidad de la vida de las ciudades: empezó la escalada de los precios sin precedentes, junto con la escasez de los artículos básicos para subsistir.

Pero además en otro escenario –no excluyente del anterior– también se sacrificó el surtimiento de abastos para las ciudades. Las cosechas se dedicaban prioritariamente para alimentar al ejército. En Alemania, luego de que hubiera un faltante de mano de obra a partir de 1915, sus autoridades se vieron obligadas a utilizar las cartillas de racionamiento de artículos alimenticios. Entre 1916 y 1917 ante la carestía de papas por la pérdida de la cosecha, la población civil germánica se vio en la necesidad de consumir nabos, un tubérculo tradicionalmente utilizado en el engorde del ganado. En tanto que en la misma Viena –un importante centro cultural en 1900– se



empezó a sentir el hambre a partir de 1915, dos años después se desató una huelga general de 24 horas contra el desabastecimiento de abarrotes. Más al sur en las ciudades italianas de Milán y Turín en 1917, se desataron manifestaciones obreras derivadas de la escasez de alimentos que a su vez eran consecuencia de la distorsión de los transportes marítimos en el marco de la guerra submarina que para 1916 ya había hundido unos 1.700 buques (Saz, 2005: 228).

Como si no hubieran sido pocos los males asociados a la escasez y al encarecimiento desmedido de los alimentos, no tardó en aparecer el mercado negro propio de las acciones de negociantes inescrupulosos. En conjunto, la escasez, la inflación, el racionamiento y la especulación se convirtieron en el pan de cada día de la población civil, que en el caso de Londres en 1916, las gentes sobrevivieron haciendo largas filas para conseguir carbón (Kolko, 2005: 116).

La desnutrición y el hambre asomaron su rostro conforme avanzaba la guerra, solo en Rusia el trigo, uno de los principales productos de exportación, no podía llegar a su destino final a causa de la su aislamiento geográfico, la ineficiencia administrativa y las trabas comerciales. Esto como corolario del bloqueo en el estrecho de los Dardanelos; Lo agobiante de este escenario recayó con mayor acento en los sectores medios y obreros. Mientras tanto en Alemania la mortalidad de niños pequeños aumentó en un 50% y además aparecieron las enfermedades asociadas a la falta de alimentos: el raquitismo, el escorbuto y la tuberculosis (Howard, 2008: 109).

Consiguientemente ante estas dificultades marcadas por la inflación, la carestía de casas de habitación y la oferta limitada del vestido; se dio paso a una progresiva radicalización de posiciones caracterizadas por la desobediencia en el campo de batalla y el estallido de movimientos huelguísticos y revolucionarios en las ciudades (Kolko, 2005, p. 110).



La carga del odio hacia el enemigo penetró hasta la cotidianidad; la demonización de Alemania llegó al grado de que la casa dinástica inglesa cambió su apellido Hannover, que recordaba sus raíces germánicas de Sajonia-Coburgo-Gotha, por Windsor. La ejecución y la escucha de la música compuesta por Richard Wagner fue proscrita. E incluso en Francia los perros también sufrieron lo suyo: los pastores alemanes fueron rebautizados, se llamarían ahora “alsacianos”, recordando el gentilicio de aquella sección geográfica de habla germana que había perdido el país en 1871; mientras que los perros salchicha desaparecieron de las calles, pues estos recordaban todo un emblema alemán (Howard, 2008: 62).

Entre tanta destrucción ocasionada por la conflagración bélica, cayeron uno a uno los bastiones que soportaban el mundo decimonónico de la *Belle Époque*; con la Gran Guerra se formó un parte aguas que separó un mundo enmarcado en las reglas económicas heredera de la revolución industrial (Bairoch, 2000: 113). En tanto después de la guerra tanto se formó otro que destruyó el vetusto orden aristocrático y colonial: nació algo nuevo con las características propias de la contemporaneidad (Lowry, 1996: 1). Eso sí esta transformación no se vio exenta del dolor, la impotencia y la miseria de la sociedad europea de los duros años veinte.

Trauma político: Los estados participantes de la Primera Guerra Mundial conformaban un espectro disímil en cuanto a sus formas de gobierno; desde la democracia parlamentaria al mejor estilo inglés hasta el más retrógrado de los absolutismos no reformados a la usanza de los Romanov, pasando por el poder autocrático del Reich. Dentro del entorno pangermánico, Guillermo II personificaba las cualidades del grupo gobernante alemán: militarismo arcaico, ambición desmesurada e inseguridad neurótica (Howard, 2008: 19). No obstante para 1914 estos megapoderes, vistos en su conjunto, aparentaban tenerlo todo de su parte gracias a los frutos generados por la dinámica imperial (Stone, 2008: 5).



En el decir de José L. Comellas (2000) toda esta grandeza y la gloria que acompañó el cambio de siglo, típica de la Belle Epoque, se derrumbó porque la destrucción alcanzó niveles sin parangón y además los poderes políticos fueron falseados desde sus cimientos. Los llamados imperios centrales fueron removidos. El imperio alemán de los Hohenzollern feneció con la huida del káiser Guillermo II hacia Holanda y su posterior abdicación en Rethondes, Bélgica, en noviembre de 1918. Se creó una república en Weimar, luego del intento frustrado de crear un gobierno socialista con la activa participación de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, quienes denunciaron a viva luz que la guerra era un conflicto netamente imperialista; al final se convirtieron en el símbolo del martirio después de ser asesinados en enero de 1919 (Casanova, 2011: 96-97). En tanto, el imperio de la monarquía dual –el Autro-Húngaro– fue cercenado por el tratado de Saint Germain-en-Laye; surgían así Austria y Hungría por separado pero totalmente reducidas, porque de ellas nacieron los estados sucesores de Checoslovaquia y de la Esclavia del Sur (Yugoslavia). Por otro lado el imperio Otomano por el tratado de Sèvres se desintegró; quedó minimizado a la Turquía actual en la península de Anatolia perdiendo sus dominios en Arabia y en el Medio Oriente.

De toda esta transformación hubo tres resultados claramente visibles en el mapa: a- la balcanización de la Europa danubiana por el colapso de la Monarquía Dual; b- la emancipación de amplios territorios que otrora habían constituido la fachada occidental del imperio zarista, entre ellos se destacan los países bálticos; y c- la emergencia de los nuevos estados, bajo el formato de mandatos en el occidente asiático como Palestina, Líbano y Persia. En este último grupo destaca el caso de Palestina, pues el conflicto contemporáneo conocido por todos como palestino-israelí tiene sus raíces más inmediatas en lo acaecido durante la Gran Guerra; en media guerra los ingleses prometieron un hogar nacional para los judíos con la redacción de la Declaración Balfour de 1917, sin tomar en cuenta a la población palestina originaria de esas tierras. Todo quedó listo para que treinta años después se dictara una resolución de la



recién nacida ONU en que se hacía efectivo lo emanado por Arthur Balfour mediante la creación del estado de Israel en 1948.

Por último, también sucumbió el poder que luchó en contra del avance austro-húngaro: el Ruso. Esto luego de que la crónica escasez de alimentos fuera el aliciente para que el levantamiento popular en el invierno de 1915-1916. El país se tornó ingobernable. En octubre de 1917 triunfó la revolución; que en el fondo era la “venganza de los siervos”, tal como la describió el príncipe Lyov, producto del trato brutal prolongado por parte de los terratenientes a lo largo de centurias de servidumbre (Casanova, 2011: 48). La promesa revolucionaria consistía en proveer de alimentos y la de firmar la paz con el adversario. Para los bolcheviques –quienes empezaron a gobernar a partir de octubre– era imprescindible atender las necesidades más apremiantes de la devastada Rusia.

Pero, ¿fue solo en el imperio de los Romanov donde se levantaron movimientos en favor de la finalización de la guerra? La respuesta es negativa porque las duras condiciones socioeconómicas materializadas en la inflación y el desabastecimiento condujeron a reivindicaciones en el imperio Austro-Húngaro, principalmente luego de la muerte del anciano emperador Francisco José en noviembre de 1916. Empezaron a surgir brotes de emancipación política de las minorías nacionales, por parte de aquellos grupos étnicos que históricamente habían sido súbditos del poder de Viena, esta vez alentados por los aliados y por el mismo presidente W. Wilson. Esta situación tuvo su desenlace con la muerte del imperio Austro-Húngaro en octubre de 1918 luego de que el emperador Carlos, sucesor del longevo monarca, solicitara el armisticio directamente a los italianos. En igual sentido la población alemana en 1916 ya no deseaba respaldar la guerra luego de los reveses ocasionados en Verdún y en Somme. Para el año siguiente los disturbios y las huelgas se apoderaron de las principales ciudades.



Mención aparte merece el caso inglés, pues para el año crítico de 1917 la población carecía de lo básico para subsistir en razón de que dependía de lo proporcionado por sus colonias. La escasez del trigo y la carne junto con la madera y el carbón; hizo cada vez más apremiante el interés de algunos sectores en redactar la rendición ante Alemania. Sin embargo esta posibilidad se esfumó en razón de la participación de Estados Unidos en el conflicto europeo, después de que fuera neutral cuando su intervención era indirecta basada en la venta de materias primas y productos alimenticios. Esto tuvo lugar luego de que el presidente W. Wilson fuera reelecto.

El año 1918 fue el de la resolución que puso final a la contienda porque primero, Rusia fue derrotada en la guerra; firmó el tratado de Brest Litovsk en parte presionada por sus líderes para así salvar la revolución. Con su rúbrica se crearon estados independientes en los otrora territorios rusos europeos (v.g. países bálticos y Ucrania) que no se convirtieron automáticamente en posesiones alemanas en sentido estricto; aunque se preveía cierto grado de dominio por parte de los imperios centrales bajo la figura de “libre disposición”. Segundo, Estados Unidos aportó un contingente de soldados frescos llenos de energía en favor de los aliados; en solo el territorio francés había un millón de tropas del país americano. Tercero, los alemanes estaban desesperados porque la estrategia y los resultados de su ejército distaban mucho de lo deseado por parte de la población. Los altos mandos de las fuerzas armadas eran al fin y al cabo las rectoras del manejo de las finanzas; de poco le sirvió a Alemania su afianzamiento en el este, fundamentalmente en Rumanía para abastecerse de petróleo y de trigo. Y aunque Erich von Ludendorff realizara una última ofensiva en marzo de 1918, ya no había nada que hacer

“Así pues, el 11 de noviembre a las 11 de la mañana, la undécima hora del undécimo día del undécimo mes, los cañones del frente occidental enmudecieron por fin, dejando que ambos bandos llorasen a sus muertos.” (Howard, 2008: 162)



La guerra acabó en 1918. En el este concluyó con la Revolución Rusa; mientras que en el oeste la derrota militar de los alemanes fue contundente, en sus cinco ofensivas perecieron un millón de hombres. Mientras tanto Estados Unidos aportó un cuantioso número de tropas llenas de vitalidad (Stevenson, 2003: 33).

Las transformaciones en el mapa europeo después de la guerra fueron más que notables: incluyó desde el círculo polar Ártico, afectó el Báltico y acabó con los imperios Ruso, Alemán, Austro-Húngaro y Otomano. De esta desintegración nacieron siete nuevos estados: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia (Lowry, 1996: 40). Al respecto se muestra el cuadro 2.



Cuadro 2

Tratados firmados que pusieron fin a la Primera Guerra Mundial

Tratado	Fecha de firma	Contenido
Versalles	28 de junio de 1919	Contra Alemania. En el artículo 231 se le declaraba causante de la guerra; por eso tuvo que hacerle frente al pago de las reparaciones de la guerra. Debió también desmilitarizarse y aceptar una reducción de su artillería y de más armamento. Alemania tuvo que devolver Alsacia y Lorena a Francia. Además debió renunciar a todas sus posesiones coloniales. Tuvo que ceder la Posnania a Polonia y una salida al mar que separó a la Prusia oriental del resto de Alemania.
Saint Germain in Laye	10 de setiembre de 1919	Ordenó el desmembramiento de Austria-Hungría. Se crearon nuevos países: Checoslovaquia, Yugoslavia, y se cedían regiones a Polonia, Rumanía e Italia; a esta última entregó: el Trentino, el sur del Tirol, Gorizia, Trieste e Istria. Se impedía la fusión de Austria con Alemania.
Trianon	4 de junio de 1920	Dispuso reducir a Hungría a un pequeño estado. Traspasó territorios húngaros en favor de Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía.
Sèvres	11 de agosto de 1920	Dictó la disolución del Imperio Otomano. Sus territorios del Medio Oriente fueron convertidos en mandatos británicos y franceses. Nació Armenia como estado. Grecia ganó territorios septentrionales. Nació Turquía que, reducida a la Anatolia septentrional, no aceptó lo dispuesto y provocó una guerra con Grecia. La paz se firmó en 1924 en Lausana.
Neully	27 de noviembre de 1920	Ordenó a Bulgaria la cesión de tierras a Grecia, Yugoslavia y Rumanía. Además se limitaba las finanzas búlgaras.

Fuente: Elaboración propia basada en: Del Pino, Francisco y Jiménez Arturo. (2010); Astorri y Salvadori (2000);



La paz de los vencedores detallada en el cuadro anterior fue aplicada a manera de dictado a los vencidos y no solo incidió en la conformación y la disolución de diferentes estados. También tuvo implicaciones en pueblos enteros que dejaron de formar parte de una comunidad política de un momento a otro. A continuación se muestran los casos más significativos basados en Béjar (2011), Ferro (1970), Howard (2008) y Nouschi (1999):

- Alemanes: habitantes durante generaciones de Silesia, Posnania y Prusia Oriental pasaron a manos de Polonia según lo establecido en el tratado de Versalles, todo en aras de restablecer la integridad del país eslavo. De igual manera sucedió con las poblaciones de habla alemana del mutilado imperio de los Habsburgo: fueron traspasadas al estado recién nacido de Checoslovaquia; la “cuestión alemana” quedó sin resolver.
- Checos: fueron unidos con sus primos eslovacos de Hungría en la república de Checoslovaquia. Este fue uno de los resultados del tratado de Trianon. Sin embargo su destino juntos no soportó la prueba del centenario. El país se disolvió en dos partes luego de la debacle del socialismo realmente existente.
- Eslovenos: con sus primos croatas de Hungría juntaron sus vidas con los serbios y formaron la Eslovaquia del Sur llamada Yugoslavia a partir de 1929. Al igual que en el caso anterior, este arreglo correspondió al mismo tratado que le dio muerte al imperio multinacional de los Habsburgo. Yugoslavia fue un estado artificial que no pudo llegar al siglo XXI, se desintegró tras una dolorosa sucesión de luchas civiles durante los años noventa en las que la limpieza de sangre fue el común denominador.
- Griegos: habitantes por siglos de Esmirna fueron deportados violentamente por las disputas entre Grecia y Turquía. Este fue un corolario de lo dispuesto en el tratado de Sèvres.



- Kurdos: que pese a que el tratado de Sèvres les concedía la posibilidad de crear un estado propio en Kurdistán, el tratado de Lausana (1923) dispuso que ese territorio junto con su población fueran repartidos entre Turquía, Irán, Siria e Irak.
- Húngaros: habitantes de Transilvania pasaron a formar parte de Rumanía para así compensar al país de habla romance, luego de la ayuda prestada a los aliados. Esta medida se sumó al desmembramiento del imperio Austro-Húngaro y fue también uno de los dictados del tratado de Trianon.

La firma del armisticio se plasmó en la redacción y luego en la imposición de tratados a los vencidos. El más importante, de ellos fue el de Versalles que declaró a Alemania responsable del conflicto –por la ocupación de Bélgica– y por eso se le exigió la redefinición de sus fronteras, la administración de la rica región del Sarre por parte de la Sociedad de Naciones; además de un límite a su carrera armamentista de 100.000 hombres y el pago de una cuantiosa suma de dinero por concepto de reparaciones ocasionadas por la contienda; que según algunos superaba el doble del valor del tesoro americano saqueo por los conquistadores durante la época colonial (Villani, 1997:54).

Lejos de la finalización del conflicto luego de los tratados de paz de 1919, hubo un rebrote de conflictos que se hicieron sentir en toda Europa; la guerra mundial eclipsó la política internacional y se convirtió en el óbice para el logro de la paz. Surgieron conflictos como la guerra ruso-polaca entre 1919 y 1921, la guerra greco-turca entre 1919 y 1923 y desde luego una “guerra fría” franco-germana que tuvo como móvil el cumplimiento de dispuesto en el armisticio (Stevenson, 2003: 36).

G. Clemenceau uno de los redactores del tratado de Versalles en su calidad de presidente del gobierno francés, aseguró tiempo después, que la paz rubricada en 1919 estuvo plagada de contradicciones dada la diversidad de



los intereses de personas que asistieron, por la expectativa infundada de reconciliación con Alemania y por la hegemonía económica de Estados Unidos, entre otras razones. Todas esas características hicieron de este arreglo de paz “una victoria substituída por la derrota” (Clemenceau, 1930: 162).

El resultado de los acuerdos firmados en contra de los vencidos en 1919 causó profundas cicatrices que se convirtió décadas después en el sustrato de otra guerra, esto pese a que durante la ceremonia de rúbrica de Versalles –un documento con más de cuatrocientos artículos– asistiera W. Wilson padre de la Sociedad de Naciones y aunque algunos lo vieran como un próximo Jesucristo por ser el abanderado de la “New Diplomacy”, no dejó de ser imprudente su presencia en esta conferencia que ponía punto y final al conflicto europeo (Stone, 2008: 147; Howard, 2008: 164).

En suma, los resentimientos causados por los tratados de paz de la Primera Guerra Mundial junto con una política económica equivocada, calaron más hondo en Italia y en Alemania. En la primera, la insatisfacción del reconocimiento de su participación durante la Gran Guerra fue aprovechada hábilmente por B. Mussolini que desde 1922 al frente del poder, expuso su descontento contra los vencedores que impusieron el orden después de concluida la contienda. En la segunda, el hecho de traspasar poblaciones alemanas a otros estados fue una de las causas de la Segunda Guerra Mundial casi veinte años más tarde. La Alemania del III Reich emprendió un camino dirigido a la expansión, basada en necesidad del “espacio vital”; luego de haber anexado a Austria, incorporó los sudetes checos y después decidió en setiembre de 1939 ir en busca de aquellas poblaciones alemanas de Polonia.

Conclusión

Cualquiera de los epítetos utilizados para ofrecer una idea del significado traumático de la Gran Guerra son limitados dado su nivel de destrucción material y humano. Estableció un antes y un después porque se constituyó en una cesura en la historia económica que hizo pedazos el orden imperante de



los mercados y de los imperios y de la gente común. Su alcance fue el típico de una guerra civil e imperial y además fue una conflagración larga, mortífera y dolorosa (Ferro, 1970). En esta contienda se distinguió por marcar un punto de inflexión; a partir de 1914 nada volvería a ser igual que antes e así inició un periodo de una guerra de treinta años (Hobsbawm, 2000) Para Casanova (2011) con la Primera Guerra Mundial se inició un estadio que culmina en 1945 en el que “Europa luchó contra Europa”. Esto en medio del comienzo de una cultura cimentada en la barbarie y el odio (Le Goff, 2000).

La cuantificación de las víctimas ascendió a millones, cifra que antes se usaba exclusivamente para dar cuantificar la producción. Alrededor de diez millones correspondían a caídos en combate; veinte millones de heridos, cinco millones de viudas, nueve millones de huérfanos y diez millones de refugiados (Jackson, 1998: 52). Solo en el frente oriental se comprometió la existencia de casi diez millones de rusos entre soldados y población civil. Sin embargo el drama más aterrador lo constituyó, por un lado, los mutilados que se agrupaban en las esquinas de las ciudades europeas para vender periódicos, lotería o chicles; la mayoría de ellos vivían a expensas de la caridad de los transeúntes. Por otro lado la cantidad de viudas y huérfanos daban testimonio de que se había perdido toda una generación completa. En las mismas universidades se sintió el impacto de aquellos estudiantes varones que no retornaron a las aulas luego de concluido el conflicto (Hobsbawm, 2002: 168).

Así, lo peor no solo acaeció en el campo de batalla; porque con esta guerra total se inició un nuevo capítulo en la historia de la humanidad en la que la población civil empezó a ser afectada en cualquier conflicto armado. La misma propagación de la epidemia de la influenza que asoló Europa a partir de 1918 dio fe de las consecuencias inimaginables del horror de la guerra dadas las condiciones sanitarias deficientes.

Si bien es cierto que hubo masacres como los pogromos contra los judíos en la Rusia zarista desde el último tercio del siglo XIX; o el genocidio



practicado por los turcos en contra de los armenios antes y durante la guerra mundial con ocasión de la disputa por el territorio entre los imperios Ruso y Otomano. Pero las secuelas de la guerra continuaron; pareciera que lo escrito por Ernest Hemingway (1980) todavía tiene eco cuando advertía que las guerras no finalizan nunca y que la victoria no representa la conclusión de un enfrentamiento armado. Así la tragedia iniciada en 1914 no concluyó con la firma del armisticio. Pueda que entonces el referente de lo ocurrido a partir de las últimas dos décadas del siglo XX en Rumanía y en Yugoslavia se encuentre en los tratados que pusieron fin a la Gran Guerra. En el primer caso el dictador socialista Nicolae Ceaușescu ordenó en 1989, días antes de ser depuesto, la ejecución inmisericorde de personas que se encontraban congregadas en una iglesia en la ciudad de Timisoara, una región de Transilvania con población húngara que había sido entregada a Rumanía luego de la Gran Guerra. El segundo caso fue en realidad la continuación de las guerras Balcánicas, un “producto colateral de la Gran Guerra” (Hobsbawm, 2003: 21) que desembocó en la disolución de Yugoslavia. Este estado sucesor había sido fundado luego del fin de la guerra mundial. Su desmembramiento ocurrió en medio de una serie de guerras civiles y de una limpieza étnica con caracteres netamente genocidas que causaron estragos en la población civil. En opinión de E. Hobsbawm Yugoslavia junto con Checoslovaquia eran algo así uniones matrimoniales celebradas bajo la cohesión de la fuerza con muy poco grado de solidez (2000: 41).

Según el mismo autor anterior, la Gran Guerra inauguró una época de catástrofes; la humanidad se ha acostumbrado a vivir bajo la amenaza del estallido de un conflicto más grave que incluso arrase con la población entera del planeta. Como bien lo advierte E. Hobsbawm en una obra posterior (2008): las guerras del siglo XXI constituyen uno de los puntos más peligrosos en el contexto de un mundo cada vez más inseguro heredero de la Guerra Fría.

Pueda entonces que sea adecuada la metáfora utilizada por Vicente Blasco (1958) cuando a través de la literatura sugiera que el estallido y



posterior desarrollo de la Gran Guerra se vio dominado por los cuatro jinetes del Apocalipsis. Figuras bíblicas que en sí mismas anunciaban la decadencia y la destrucción del mundo que poseía algún grado de seguridad y de grandeza de la *Belle Époque*. Si se extrapolara esa metáfora, esas criaturas encarnan el temor y la zozobra de quienes han vivido el trauma seguido por la violencia masiva que caracterizó el siglo XX y que aún en las primeras décadas de esta centuria siembran la desesperanza de poblaciones enteras. Por tanto la senda destrucción inaugurada la Primera Guerra Mundial hace cien años debe ser motivo de reflexión permanente en estos tiempos.

Bibliografía

Astorri, Antonella y Salvadori, Patrizia. (2000). *Storia Illustrata della Prima Guerra Mondiale*. Firenze: Giunti Gruppo Editoriale.

Bairoch, Paul. (2000) Las grandes cesuras económicas y sociales. Ciocca, Pierluigi. *La economía mundial en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Barracough, Geoffrey. (1980) *Introducción a la historia contemporánea*. Madrid: Gredos.

Bayly, Christopher A. (2010). *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914*. Madrid, Siglo Veintiuno Editores.

Béjar, María Dolores. (2011). *Historia del siglo XX: Europa, América África y Oceanía*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Blasco, Vicente. (1958). *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Barcelona: Planeta.

Braudel, Fernand. (1993) *La dinámica del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.



Burbank, Jane y Cooper, Frederick. (2012). *Imperios: una nueva visión de la historia universal*. Barcelona, Crítica.

Carbonell, Charles-Olivier; Biloghi, Dominique; Limouzin, Jacques; Rousseau, Frédéric y Schultz, Joseph. (2001). *Una historia europea de Europa ¿De un Renacimiento a otro?* (siglos XV-XX) Madrid: Idea Books.

Casanova, Julián. (2011). *Europa contra Europa, 1914-1945*. Barcelona: Crítica.

Clemenceau, Georges. (1930). *Grandezas y miseria de una victoria*. Madrid: Aguilar.

Comellas, José Luis. (2000). *El último cambio de siglo: gloria y crisis de Occidente: 1870-1914*. Barcelona: Ariel.

Del Pino, Francisco y Jiménez Arturo. (noviembre de 2010). Por algo la llamaron la Gran Guerra. *Clío historia* N° 109, 12-25.

Diccionario de Historia y Política del siglo XX. (2001). Madrid: Tecnos.

Duroselle, Jean Baptiste, (1991). *Europa de 1815 a nuestros días: vida política y relaciones internacionales*. Barcelona: Labor.

Ferro, Marc. (1970). *La gran guerra, 1914-1918*. Madrid: Alianza Editorial.

Follett, Ken. (2013). *La caída de los gigantes*. Barcelona: Debolsillo.

Handingham, Evan. (agosto de 2014). El mundo oculto de la Gran Guerra. *National Geographic* N° 2, 40-53.

Hobsbawm, Eric J. (2002). *Años interesantes: una vida en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, Eric J. (2003). *Entrevista sobre el siglo XXI* Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, Eric J. (2007). *La era del imperio, (1975-1914)*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, Eric J. (2008). *Guerra y paz en el siglo XXI* Barcelona: Crítica.



- Hobsbawm, Eric J. (2000). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, Eric J. (2001). *Industria e imperio*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, Eric J. (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Howard, Michael. (1998). *La guerra en la historia europea*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Howard, Michael. (2008). *La primera guerra mundial*. Barcelona: Crítica.
- Hemingway, Ernest. (1980) *Adiós a las Armas*. Barcelona: Bruguera.
- Jackson, Gabriel. (1998). *Civilización y barbarie: la historia de Europa en el siglo XX*. Barcelona: Planeta.
- Jackson, Julian. (2003). Introducción J. Jackson (editor) *Europa, 1900-1945*. Barcelona: Crítica.
- Kolko, Gabriel. (2005). *El siglo de las guerras: política, conflictos y sociedad desde 1914*. Barcelona: Paídos.
- Le Goff, Jacques. (2000) "Introduzione". En: Antonella Astorri y Patrizia Salvadori. *Storia Illustrata della Prima Guerra Mondiale*. Firenze: Giunti Gruppo Editoriale.
- Lowry, Bullitt, (august 1996). The Causes and Consequences of World War One. *Tankang Chair Lecture Series 1*, 1-60.
- Nouschi, Marc. (1999). *Historia del siglo XX: todos los mundos, el mundo*. Madrid: Cátedra.
- Parker, R.A.C. (1985). *El siglo XX: Europa, 1918-1945*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Revourin, Pierre. (1990). *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Oikos-Tau, S.A. Ediciones.



Saz, Ismael. (2005). La primera guerra mundial. Casassas, Jordi. (coordinador). *La construcción del presente el mundo desde 1848 hasta nuestros días*. Barcelona: Ariel.

Stevenson, David. (2003) Las relaciones internacionales. J. Jackson (editor) *Europa, 1900-1945*. Barcelona: Crítica.

Stone, Norman. (2008). *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Ariel.

Stone, Norman. (1985). *La Europa transformada, 1878-1919*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Thomson, D. (1979). *Historia mundial de 1914 a 1968*. México, Fondo de Cultura Económica.

Villani, Pasquale. (1997). *La edad contemporánea, 1914-1945*. Barcelona: Ariel.

Villares, Ramón y Bahamonde, Ángel, (2012). *El mundo contemporáneo, siglos XIX y XX*. México: Taurus.

Vinen, Richard. (2000). *Europa en fragmentos: historia del antiguo continente en el siglo XX*. Barcelona: Península.

Wiskemann, Elizabeth. (1978). *La Europa de los dictadores: 1919-1945*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Zamagni, Vera. (2011). *Historia económica de la Europa contemporánea*. Barcelona: Crítica.

